

HENRY ADAMS

Democracia

Edición de Javier Alcoriza



CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

HENRY ADAMS

Democracia

Edición de Javier Alcoriza
Traducción de Javier Alcoriza

Índice

INTRODUCCIÓN

Contra la política de la desesperación

ESTA EDICIÓN

BIBLIOGRAFÍA

DEMOCRACIA

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Conclusión

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN



Henry Adams (1885), fotografía de William Notman. Harvard University Archives. Recuperado de Wikimedia Commons.

CONTRA LA POLÍTICA DE LA DESESPERACIÓN

This, this is our land, this is our people,
This that is neither a land nor a race...
ARCHIBALD MACLEISH

D*emocracy: An American Novel* (*Democracia: una novela americana*) (1880) es una de las dos novelas escritas por Henry Adams. La otra, titulada *Esther: A Novel* (*Esther: una novela*), apareció en 1884, con el seudónimo de Frances Snow Compton¹. Un motivo, más allá de la broma de su secreto, por el que Adams no se reveló como autor tuvo que ver con su reputación como hombre de letras. A la postre, la fama de Adams no derivaría de esas novelas, sino de su monumental trabajo como historiador y de las dos grandes obras que forman un díptico demostrativo de su teoría de la historia, *Mont Saint Michel and Chartres* (*Mont Saint Michel y Chartres*) y *La educación de Henry Adams*².

Nacido en el seno de la renombrada familia bostoniana, Henry fue nieto y biznieto de presidentes de los Estados Unidos (John Adams y John Quincy Adams), y manifestó en su autobiografía una profunda admiración por su padre, Charles Francis Adams³. El peso de la responsabilidad era muy grande y, desde sus primeras contribuciones periódicas, quedó canalizado en la escritura. Henry Adams había recibido una educación política y literaria, cuyo fruto serían sus grandes obras históricas y, en especial, la que consideró su testamento, *La educación de Henry Adams*⁴. Las novelas podían leerse como un pasatiempo, un juego en el que liberarse del dictado de los hechos. Ahora bien, los hechos no serían más que el punto de partida para el historiador.

Era preciso hacerlos hablar, presentarlos de modo que la narración tuviera un propósito, y así está concebida la escritura de Adams, incluida la autobiográfica, que no es la historia de su vida, sino de su educación, una búsqueda jalónada de sucesivos «fracasos»⁵.

Resulta interesante, por tanto, no forzar la contraposición entre las novelas y las obras históricas de Adams, sino apuntar más bien las coincidencias con el fin de descubrir la unidad o «especialidad» de estilo que hay en todas sus páginas. Esa unidad se hace visible cuando el propio Adams se refiere al proceso de cristalización en que culmina su escritura, tras haber utilizado la pluma para «tantear» el terreno⁶. Escribir, más que escribir historia o novelas o autobiografía, era lo que resultaba el principal desafío, ya que la forma de la escritura debía aclimatarse a su materia, la cual resultaba tan nueva para él como para otros creadores de su generación⁷.

Hablar de *La educación* como experimento literario no queda lejos de hablar de los Estados Unidos como experimento político. Adams, como todos los miembros de la generación crecida entre 1820 y 1870, asistió a la Guerra Civil, en la que no intervino, como el episodio que transformó la democracia americana. La pérdida de inocencia que comportó, sancionada por Lincoln como un nuevo nacimiento de la libertad, haría de Adams el espectador de, por así decirlo, un mundo nuevo en el Nuevo Mundo, un país donde los ideales resultaron duramente puestos a prueba por la realidad⁸. La visión de los acontecimientos en América, y en el mundo en general, para el cosmopolita Henry Adams, haría de él un hombre desencantado, o un pesimista, tal como reconoció, pero, por extraño que resulte, con un trasfondo de fe: fe en que, al menos, lo escrito dejara constancia de su voluntad de no dejarse arrastrar por la corriente de los tiempos⁹.



Ante la sacristía en la abadía de Wenlock, Inglaterra (1873), fotógrafo desconocido. La segunda por la derecha es Marian (Clover) Adams; los demás son lady Pollington, lady Eleanor Leigh Cunliffe, Charles Milnes Gaskell, Henry Adams, sir Robert Alfred Cunliffe y lord Pollington. Cortesía de la Massachusetts Historical Society.

¿Y qué advertencia quedaba registrada en las páginas de Adams? Que el tipo debía ser más fuerte que el individuo, que los ideales no eran negociables, y que las grandes conquistas de la humanidad, forjadas con deliberación, han apuntado siempre a lo que está más allá de ella. Esa trascendencia, en sentido religioso, habría inspirado a los constructores de las grandes catedrales medievales y, en sentido político, habría tomado cuerpo en la Constitución americana como letra del espíritu de la democracia, la única dirección que valía la pena tomar en la sociedad moderna¹⁰.

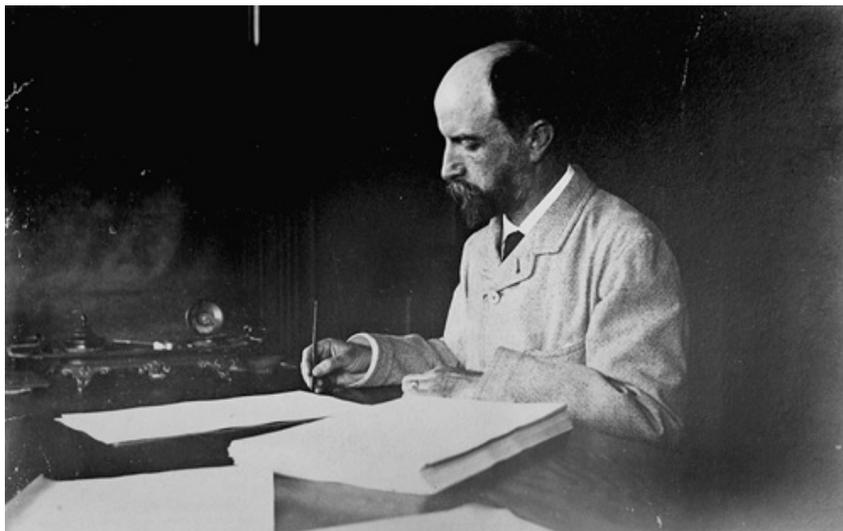
Un afán de impersonalidad domina las aspiraciones de Henry Adams como escritor, así como la dogmática conducta de la señora Lee, protagonista de *Democracia*. Ese distanciamiento le facilitaría el uso de la tercera persona en *La educación de Henry Adams* y podía apreciarse como

una variante de la necesidad de tomarse a sí mismo como garantía de sinceridad de la experiencia, según se había hecho constar, filosóficamente, en la primera página de *Walden*, de Thoreau. Adams podía recomendar el tipo del estadista íntegro que representaba Albert Gallatin, cuya biografía compuso poco antes de escribir *Democracia*, como contrapunto del individuo que sería Rattcliffe, el senador corrupto de su novela. Así, el compromiso con la escritura fijó a su vez el tipo del historiador al que respondería Adams a lo largo de su carrera, en la cual la ficción supuso un curioso desvío. Con todo, las novelas no dejarían de responder a las preguntas sobre la deriva de América cuando tenía lugar la postergación de los ideales que habían caracterizado su origen y refundación¹¹.

La diversión que podía permitirse Adams, que alcanza la desmitificación de George Washington en el capítulo de la visita que los personajes hacen a Mount Vernon, no llegaría, sin embargo, a la demolición de los ideales, sino al convencimiento de que la fe en ellos había pasado a ser, en el país de la democracia, un asunto minoritario entre los políticos. Cómo conjugar los procedimientos mayoritarios con la preservación de la virtud había sido la preocupación de James Madison, el padre de la Constitución, el cual, con su rara mezcla de «cualidades radicales y conservadoras», no se había hecho ilusiones sobre la naturaleza humana en los argumentos dirigidos a sus conciudadanos. De ahí la importancia de ser fieles a lo escrito en la Constitución y no convertirla, por mera conveniencia, en «papel mojado»¹².

Henry Adams había declarado que ninguna nación en la historia había extraído de la experiencia acumulada de siglos «un sistema más fuerte, más elástico, más tenaz y más lleno de vida e instinto consciente que el nuestro». Más adelante, como historiador de las administraciones republicanas, señalaría que el poder había convertido a Jefferson en un gobernante más «despótico» que cualquiera de sus

antecesores federalistas. Y en *La educación* llegaría a escribir que la generación de Lincoln se había educado a costa de «un millón de vidas». Adams se presentaba como un vigilante de la moralidad política tanto en su *History* como en su novela, *Democracia*¹³.



Henry Adams en su estudio, escribiendo, con chaqueta clara (1883). Fotografía de Marian Hooper Adams. Cortesía de la Massachusetts Historical Society.

Esa vigilancia provenía de una educación política y literaria que hundía sus raíces en la tradición puritana del siglo XVII, por más que al escritor le gustara figurarse que era un hombre del siglo XVIII nacido equivocadamente en el XIX¹⁴. Pero no hay que olvidar que el puritanismo había nutrido desde sus orígenes la experiencia política americana, hasta el punto de que, desaparecidas sus formas tradicionales, perviviría como una especie de «metafísica de la promesa». La conciencia del «maniquí» americano no se había agotado en sus ropajes históricos, ya fuera el del puritano, el revolucionario o el romántico, por mencionar algunos, sino que seguía planteando un desafío que apuntaba a las condiciones mismas de la existencia en un mundo sin obligaciones con el pasado, en que el ser humano debía respon-

der solo, como afirmaba Emerson, a la necesidad de confiar en sí mismo¹⁵. Podría decirse que esa era la antigua lección que debía recordar la señora Lee tras su búsqueda de lo que significaba el PODER. La «democracia de la vida» es la frase con la que el narrador de *Democracia* trataría de redimir a su personaje del fracaso al que le empujaba una defectuosa visión de sí misma. La señora Lee había tolerado, por una desesperación inconfesada, aquello que desaprobaba profundamente¹⁶.

Adams anotaría en *La educación* que la comparación de Ulysses S. Grant con George Washington como presidente bastaba para refutar la teoría de la evolución. Ironías aparte, la época de la Reconstrucción traía consigo un nuevo escenario más apropiado, literariamente hablando, para la sátira que para la historia. Que «el sueño americano» no nacía de los ideales constitucionales, sino de su codicioso desprendimiento, era algo que podíamos tener claro incluso antes de leer *La edad dorada*, la novela de Mark Twain y Charles Dudley Warner, donde las expectativas de un rápido enriquecimiento son tan aberrantes como para cegar a los personajes de principio a fin, y donde la corrupción senatorial está radiografiada más prolijamente que en la figura de Ratcliffe¹⁷. No es probable que Adams conociera la novela de Twain, pero su lectura ayuda a concebir un contexto de desencanto generalizado, y la severa especulación en *La edad dorada* sobre la diferencia entre lo real y lo novelesco puede dar pie a señalar un contexto mayor que la escritura de ambas obras comparte en relación con la cuestión de la identidad americana¹⁸. La respuesta ética a esa cuestión quedaba, en *La edad dorada*, en manos de Philip Sterling, el joven que acaba renunciando al sueño de esta «edad sobredorada», mientras que en *Democracia* su protagonista advierte que es la principal culpable del embrollo en que se ve metida¹⁹.

Ese contexto mayor es el que también comparte *Democracia* con *El punto de vista*, el relato de Henry James, uno de cuyos personajes, Marcellus Cockerel, está moldeado según el carácter de la esposa de Henry Adams, Marian («Clover»), que también es un modelo para la señora Lee²⁰. En el intercambio epistolar de James, el independiente Cockerel establece el criterio por el cual acabamos juzgando a los demás corresponsales, sobre todo a la señora Church y su hija Aurora, las mujeres que, tras una larga estancia en Europa, regresan a América en busca de un futuro matrimonial para la más joven. Por supuesto, el escritor no desaprovecha la ocasión de retratar a otros tipos, como el inglés Edward Antrobus o la solterona señorita Sturdy (trasunto de Henry Adams), para completar el contraste de visiones sobre lo que significa América, pero es la disposición de Cockerel la que resulta profética incluso para las europeizadas americanas²¹.

El alcance de la diferencia tal vez resulte mayor si tenemos en cuenta *El americano*, la novela de James que acentúa aún más la tensión entre el Viejo y el Nuevo Mundo al hacer que su protagonista se enamore de una mujer perteneciente a la rancia aristocracia francesa, la cual sucumbe, al fin, a las exigencias de su familia por encima de las promesas de felicidad que le hace Christopher Newman²². También ahí, como en *Democracia*, hay una carta que contiene el secreto capaz de cambiar el curso de los acontecimientos; y aunque la historia depare distinto final a su revelación, tanto la señora Lee como Newman se acusan antes a sí mismos que a los agentes de su desgracia. El carácter americano quiere bastarse a sí mismo para dar razón de su fortuna: la «vasta y soleada inmunidad a la necesidad de albergar secreto alguno» suena como la declaración de independencia que subyace en estas historias, donde el aparente desvalimiento encierra una fuerza por descubrir, susceptible de adoptar expresiones literarias tan diversas como las

novelas de Henry James, la filosofía de Emerson y la autobiografía de Adams.



Vista del Adams Memorial, Rock Creek Cemetery, Washington, D. C. (circa 1933). Cortesía de la Library of Congress Prints and Photographs Division Washington, D. C. 20540 USA.

Es también la fuerza que anima famosamente la voz de los narradores en los cuentos de Melville, en que la imaginación domina la realidad como causa maravillosamente diferida de los acontecimientos, en que la felicidad y la desgracia quedan comprendidas, dentro de la mente que describe a sus personajes, como secuencias que solo trascendemos por alusiones (o como diría Emerson, por *indirections*). Así, la preocupación por decir la verdad en «este mundo de mentiras» ganaría peso en la trayectoria del autor de *Moby Dick*, con un estilo «calculado directamente para engañar —engañar egregiamente— al consumidor superficial de páginas»²³.

Cómo dar cuenta de toda la cultura antigua, clásica y sagrada, con la naturaleza como trasfondo apropiado de la vida, sin defraudar la esperanza que significaba América

para la humanidad, habría sido ya el especial desafío de los hombres representativos del «Renacimiento americano», que prestaron atención a su relación con el público en el acto mismo de la escritura. La dificultad para Adams aún sería notoria, ya que sus exigencias morales le apartaron de la complacencia en la fuerza y los triunfos de la civilización americana que fascinaron a su hermano Brooks, y le llevarían a hacer circular sus obras en ediciones privadas o, como en *Democracia*, escondido tras el anonimato.

Burlarse de un mundo de mentiras, por cierto, es lo que habría hecho Mark Twain con sus sátiras, pero ni siquiera el «Lincoln de nuestra literatura» pudo escapar a la presión que las letras europeas ejercían sobre las americanas desde el esplendor conocido por el romance de Walter Scott (el nombre del barco naufragado que encuentran en su deriva Huckleberry y Jim)²⁴. *Las aventuras de Huckleberry Finn*, escrito casi veinte años después de la Guerra Civil, sería un libro mucho más difícil de leer que *Tom Sawyer*, ya que las aventuras de Huck desembocaban en una parodia tan divertida como moralmente comprometedora de los romances, en que estaba en juego la libertad de un esclavo que, conforme sabía Tom, era libre por anticipado. La novela podía leerse como otra prueba de la dificultad de decir la verdad —tal como le ocurría a Huck— en este mundo ridículamente atroz, salvo elevando la mentira a la cualidad del arte de modo similar a como se han pronunciado las palabras sagradas²⁵.



Detalle de la escultura de Augustus St. Gaudens, Adams Memorial, Rock Creek Cemetery, Washington, D. C. (2010). Fotografía de Rebeca Romero Escrivá.

En el caso de *Democracia*, la exotérica novela de Adams, su autor podía permitirse decir la verdad sobre sí mismo o sobre la sociedad, mediante el recurso de un *roman à clef*, con una libertad mucho mayor de la que le permitían la historia, limitada a los documentos y los hechos, o la escritura autobiográfica, que era, según señalaba, esotérica. La inteligencia de Adams y la lealtad de John Hay serían, por fin, los restos del naufragio que asomarían en las páginas de *Imperio*, de Gore Vidal, una novela que sigue demasiado claramente la pista de *Democracia* para no resultar decepcionante incluso por su desmesura²⁶. Con todo, Go-